

Fernando Romero

## El nido extraño<sup>(1)</sup>

### PRIMERA PARTE

«Hoy, elados», anuncia una pizarra. «Bar el puerto», más arriba.

Cruza el dintel. Llega ante el mostrador. Y tocándose el sombrero pajizo con la mano basta, saluda amigable.

—Güenas tardes, don Rafo.

—¡Hola, Santos! ¡Qué milagro, aquí en este mes...!

Ando en busca de Juan. ¿No me lo vió? Hace dos días que me si'a desaparecido de la caleta. Si no si'a muerto, si'a escapau.

—¿Qué me cuenta? Tan serio como parecía el mocito... Pues no lo he visto. ¿Se toma un puro conmigo?

—Ahura no. Adiós.

---

(1) Fernando Romero figura entre los más recios cuentistas del Perú actual. Su libro *12 Cuentos de la Selva* lo consagró como intérprete admirable de vida trágica del Oriente peruano o sea de las regiones de la selva. El cuento que publicamos nos ha sido enviado directamente por su autor y es una nueva manifestación de su rico temperamento con el que ha podido captar certeramente los aspectos dramáticos de la realidad peruana.—(N. DE LA D.)

Sale. Camina un poco, con el paso lento de quien no sabe a punto fijo donde ir. Termina por detenerse.

—¿Qué jué, Santos?

—Qu'ices, Tamalazo. El Juanito me s'irrancó de la guardianía. ¿No lo vites pu'aquí?

—No. ¿Vamos a tomar un vaso de vino?

—Más mejor después. Chau.

Prosigue. Visita a la tía Ubelinda. Llégase a la Capitanía. Busca por el Muelle Fiscal. Indaga en el negocio de frutas de la viuda Chávez.

—Güenas tardes. ¿Por si aca, no me da razón del Juanito? Hace dos días que...

—Güenas tardes. El muchacho me se jué... ¿No lo vió, por casualidá?

—Güenas tardes. ¿Sabe? Mi hijo... la caleta... He pensao que quizá usted lu'a visto...

Quince. Veinte veces la misma pregunta a tenderos, autoridades, amigos, parientes. Y nadie sabe del mozo.

—Yo no creo en brujas, ¡caray! Pero esto...

Ahora hay inseguridad en su paso. Una arruga profunda junta, sobre la nariz, las cejas hirsutas. Los ojos se han apagado con el cansancio y el desaliento. Cae la noche a plomo sobre los celajes traviesos. Venus se asoma por una ventanita del cielo.

—Güenas tardes, jefe.

—Buenas noches, Tarquí.

—Me vine esta mañana de la caleta, señor. El muchacho, jefe, el Juanito, el que traía pa' cá los papeles de la guardianía y compraba los víveres, si'a desapa-

recido. Lu'estao buscándolo. Allá se quedó la Asunta, jefe, al cuidado de los depósitos y todo. Ahura me regreso. Quise venir pa' cá antes, pa ver si tenía órdenes que darme. Tamién pa decirle que . . . que . . . que no vu'a poder mandarle las oservaciones escritas. Me si' escapau el muchacho, jefe, el Juanito. El las escribía. Usté sabe . . . yo sólo sé . . . más que firmar.

Saca un enorme pañuelo negro y seca el sudor que perla labio y narices. Luego suena ruidosamente éstas. Y empieza a mirar tercamente la punta de sus zapatos.

—Está bien, Tarqui, está bien. Usted es un buen servidor de la Compañía. Casi nunca viene al puerto. Encuentro justificado que en este caso de apuro haya abandonado el puesto sin autorización mía. En cuanto a las planillas, puede venir mensualmente a la oficina y aquí las hace un amanuense a su dictado . . . Señor Pérez, tenga la bondad. Usted va a ayudar todos los meses a confeccionar la tabla de observaciones de la Estación Sur, N.º 10, que vigila Santos Tarqui.

—Muy bien, señor López. A propósito: aquí hay una carta para el guardián.

—¿Para mí?

—Sí. La entregó el muchacho hace dos días.

Da vueltas al sobre entre las manos, desconcertado. Al cabo lo tiende resueltamente.

—Hágame usté el favor . . . Yo sólo sé . . . más que firmar.

«Señor don Santos Tarqui. Muy señor mío y mi padre: Deceo quial resebir la Presente se encuentre

josando de salu en compañía de mi querida Madre despues de saludarle paso a desirle que tata yo no puedo vevir en la juardianía sin ezpegtativas de mi Porvenir mio... me voy en el vapor que va a lima... perdoname mi Franquesa mia... juardeme mi carabinita que me regalastes... pidele perdon a mi mama... sin mas por la Presente me despido S. S. S. tu higo que los quiere mucho y los estrañara. Juan Tarqui».

Ajenos a la tragedia humilde de Santos, el lector, el jefe de la oficina, los otros amanuenses no ahogan la risa que provoca la redacción de la carta. El guardián ha seguido mirando con insistencia algo que tiene en las punteras del zapato. Al cabo levanta la cara. Vuelve a secarse el sudor con el pañuelo negro. Recoge el sobre y se levanta.

—Güenas tardes, jefe.

—Buenas noches, Tarqui.

\* \* \*

Se tropieza contra la noche obscura del arenal. Contra las copas de licor que tomó antes de emprender el camino de retorno. Saco al brazo, sombrero en mano, camina todo lo rápidamente que su borrachera le permite.

«Después de saludarlo paso a decirle...» ¡Por los clavos! Críe usted cuervos para que le saquen los ojos. Otra ronda, don Rafo. De lo mismo, por variar... Mis hijos, Tarqui. Cierra el hocico, Tamalazo. Tus

hijos son unos pelmas. ¿Vas a comparar alguno de ellos con Juanito? Muchacho para inteligente. Todos los premios de la Escuela Fiscal se sacó este año. ¿No lo sabes?

«Espectativas... mi porvenir...» ¿Pero qué se había imaginado el muy ingrato? ¿Acaso Santos Tarqui no pensaba en todo? ¿Quién sino él lo iba a substituir en la guardianía, según era convenio con la Gerencia de la «Compañía Administradora», al decir del señor López? «Mi porvenir...» Cimarrón, desamorado. ¿Qué decirle ahora a la Asunta? Don Rafo: destátese usted un par de botellas del tinto especial. Del especial, ¡ah!

¿Y la vigilancia de la zona norte? Iba a tener que limpiar solo las piedras de la Caleta Pelada. «Espero que la presente...» «Guárdame la carabinita que me regalastes...» ¿Para qué? Las armas no son para maricones que se escapan. Coquijos son peores que hijos, Tarqui. Verdad, don Rafo, verdad. Más copas, Tamalazo. Conque tus hijos, ¡ah!. Juan es hombre para cada uno de ellos. Y hasta para todos juntos. Ingrato. Largarse ahora, en la época de anidación, cuando más lo necesita. Porque las primeras parejas de guanayes y piqueros están ya formando nido en los barrancos, Juan. Ayer llegaron. «Mi porvenir...» «Yo no puedo vivir en la guardianía». ¿Qué quiere el desgraciado? ¿Palacios? En Lima lo van a llevar al de Gobierno. Seguro. Estúpido. Ingrato.....

.....

—¿Lu' encontrastes, Santos?

—No.

—Has chupao en el puerto, Santos. Tas borracho... ¿No lu' encontrastes? ¿Si' a muerto? Habla, hombre de Dios.

—Pior que muerto. Un cimarrón... En este papel dice que no puede vevir en la caleta... Que no puede vevir donde viven sus padres... Si' a escapau pa Lima en el vapor del jueves. No llores, zamba. Aguanta con juerza. Como yo. No llores.

—Se jué... Se jué...

\* \* \*

Están erguidos sobre sus pies rosáceos. Gruñen sonoramente. Sacuden las alas. Alísanse las plumas de la cabeza con las garras. Se pasean con cómico balanceo, en grupos pequeños. Estos guanayes machos parecen gordos burgueses vestidos de frac, cuyas camisas, desbordándose por la pretina del pantalón, llegara hasta las rodillas. Tienen negro lustroso el cuello, la espalda, la cola. Blanca la garganta, el pecho y la panza. Sobre los picos largos lucen rojas verrugas nasales.

Están familiarizados con el guardián. No huyen de él. ¿Cómo han de temerle si Santos es su defensor contra buitres, zorros y gallinazos? Por eso páranse a pocos pasos del hombre sentado en medio de la caleta, sobre el guano seco y blanco que despide punzante olor.

De rato en rato, con la ridícula gravedad que les es característica, ponen el pico en dirección paralela al guardián y lo miran de costado con sus ojillos verdes. Y, tranquilos, siguen gruñendo, peleándose unos con otros y paseándose muy erguidos sobre sus palmípedas extremidades. Las hembras, en tanto, están echadas en los nidos, sobre los huevos. O limpian de chuychuyes y garrapatas la piel negra de los polluelos, pelados y feísimos.

Así, calatito, débil y pequeño, lo entregó a Juan su compadre el finado Patricio Ascaño.

—Usté vé, compadre Santos. Yo vu'a estirar ya la pata. ¿La madre? Usté lo sabe, compadre, una perdida. Me se jué con el Tuerto Juárez. Lleveseló a la Asunta. Que me lo cuide, por amor de Dios. Y usté, compadre, hagameló un hombre de provecho. Honrau sobre todo. Como usté y como yo.

—Ta bien, compadre.

Y tuvo la debilidad de meter en la vida tranquila de Asunta y él, aquel trocito de carne palpitante que gritaba todo el día con el mismo acento de estos pichones de guanay. Huera su zamba, aceptó gozosa el encargo. Más que una madre lo había querido. ¿Para qué, caray? Para esto. «Mis expectativas...».

Ya se vé. Hijo de una mujer que se va con otro hombre. Tenía que huir también...

—Juera, gallinazo desgraciao. No me espante la pajarada.

• • •

—Me voy pal puerto, Asunta. A llevar los papeles a la agencia. Gorveré ahí mismo.

Cada mes este viaje que el muchacho solía hacer a la población. No le importa caminar veinte kilómetros. No. Lo que le harta y lo pone malhumorado es vestir la ropa de paño, ponerse los zapatos nuevos, encontrar los amigos y conocidos, hablar con los desmirriados amanuenses de la oficina, siempre dispuestos a la burla. Y, sobre todo, aquellas repetidas preguntas y respuestas.

—¿Y qué hay de Juan? . . . ¿Supo del muchacho? . . . ¿Encontrastes al chico?

—Se jué pa Lima . . . Me se' scapó . . . Si'a arrancau de allá.

En la agencia da mil vueltas a la pregunta que quiere hacer y que su orgullo le impide formular. Termina siempre en lo mismo. En la interrogación que hace sonreír a los empleados, quienes saben bien que los altos jefes de la «Compañía Administradora del Guano» no tienen para qué cartearse con esa humilde ruedecita del engranaje administrativo, que gira allá lejos, en la Estación Sur, N.º 10.

—Dígame, señor: ¿no hay papeles de la Gerencia pa mí? Y nengún otro oficio, carta, algu' así?

Volver a la caleta, de madrugada ya, bien borracho de pena y vino tinto. Adivinar la eterna pregunta muda en los ojos de su pobre zamba. Y dar la igual y

desoladora respuesta, también silenciosa. Nada. Nada. Parece que se hubiera muerto en Lima.

• • •

Ahora los polluelos se están vistiendo de plumas. Ya caminan con ligero bamboleo. Y, desde los nidos, diariamente se dirigen a los pozos que forma el mar entre las rocas, para hacer el aprendizaje de vuelo y natación. Cuando cae la tarde y vese a lo lejos la masa negra de las bandadas que regresan a la caleta, ellos trepan por la playa y regresan a los nidos.

También Juanito andaba con paso inseguro y ligero tambaleo cuando aprendió a caminar. «Tata: quiero baño» Como los pichones se esforzaba en nadar en los pozos. Como ellos regresaba en la tarde, de la mano de Santos, quien impedía que los lobos asustaran al chico y a los pichones.

Desde varios puntos llegan a la caleta los guanayes. En largas filas que guía un explorador. Aterrizan contra el viento. Graznan en bajo los padres. Chillan los polluelos. Zumban las alas como motor de avión. Y en medio de la algarabía, los polluelos se acercan a las madres, temblorosos y gárrulos, pidiendo el alimento. Abren éstas los picos para dejar accesible el buche. Dos o tres pollos bucean las gargantas de las hembras viejas. Y tragan con voracidad los pececillos guardados con maternal solicitud para alimento de los hijos.

Así le daba la Asunta de comer. Quitándose los bocados si Juan los pedía. Así...

—Santos... Santos... Ya'stán los frejoles.

• • •

—Me voy pal puerto, Asunta. Los papeles... L'agencia...

—Pero no chupe, cholo. ¿Me se va a golver borracho a la vejez?

Ya no hay helados en el «Bar El Puerto». Pero copas sí. El mostrador succiona como las antenas de un pulpo. Y bebe.

Sírvase unas copas del tinto, don Rafo. Del especial. ¿Qué dices, Tamalazo? ¿Otra vez a hablar de tus hijos pelmazos? ¿No te dije que no quiero tratar de muchachos? ¿Te acuerdas de nuestras juergas hace treinta años? Por aquí andaban entonces «La Tesoro» y la «Puerta del Cielo». ¡Juá...! ¡Juá...! ¡Juá...! Unas perdidas. Cuando esas mujeres tienen hijos, don Rafo... Viejo estarás tú, desgraciado. No hay buitre que escape a la carabina de Santos Tarqui. Para que lo sepas. Cuando yo anduve con Piérola... La muchachada de entonces. En cambio, éstos de ahora. Nacen ancianos y malvados, Tamalazo. Ese mi Juan... ¡No me hables de tus hijos, por los clavos!...

La silente interrogación. «¿Algo de nuevo? ¿Carta de Lima?». Nada. Nada.

\* \* \*

Como las alas de estos guanayes jóvenes que empiezan a salir en bandadas con los padres. Así se hicieron fuertes las piernas de su Juan. Entonces Santos lo mandó a la escuela del puerto. De abril a diciembre vivía en la pensión de su tía Ubaldina. Bien pagada, claro está. Para Pascua volvía todos los años. Eran lindas las vacaciones en la caleta. Su presencia hacía resplandecer de júbilo la cara de los viejos. Y con el guardián salía de ronda. A matar buitres y gallinazos con la carabinita que le regaló. Y a parar los pies de los contrabandistas de guano que intentaran expediciones nocturnas. Así cinco años. Hasta que cumplió los dieciséis de edad y terminó en la Escuela Fiscal. Entonces se quedó del todo en la caleta. Aprendiendo de firme el oficio de guardián. Escribiendo las planillas semanales de observaciones.

—Pero tenía qui'ir pal puerto todos los meses, cagones míos. Silencio en los guanayes que lo rodean. Se apaga el barullo y escuchan a Santos, mirándole con sus ojitos verdes. —Allá li'han metido humo en la cabeza. Apenas h'aguantau dos anidadas con sus viejos. Cada día más callau. Echando mentiras. Yo hacía fuertes sus alas de pichón. Mismo qu'iustedes. Pa que se volara . . .

Calla. Los guanayes—egoístas y desamorados también—tornan a su algarabía despreocupada, sin importarles un ardite la pena de su protector.

. . .

Las aves. Siempre y solamente ellas. Empiezan también este otro año a llegar a la caleta para anidar en ella. Los alcatraces en cualquier parte. Los guanayes y piqueros en los roquedales.

Los machos están nuevamente enamorados y celosos. Una penachera ha aparecido en su coronilla. Acarician suavemente los cuellos de las hembras. Y las plumas se esponjan, tiemblan los carrillos y el pico grazna deseos.

—Santos... Santos... Ha güelto.

—¿Quién, zamba?—y piensa de inmediato en el hijo ausente.

—El guanay joven. Tiene un'ala rota. Pero ha güelto.

Entonces comienza a explicarse. Agitada, gozosa. Llena el alma de buenos presentimientos. Cuando el Juan se fué, el año pasado; ella, la Asunta, quiso hacer una experiencia. Deseaba saber si los guanayes vuelven siempre al mismo lugar. Escogió uno joven que ya volaba solo. Y como todos son iguales, le amarró un trapo rojo en el cuello. Cuando las aves se marcharon, el pichón también lo hizo. Pero este año ha retornado. Tiene un ala quebrada y vuela con dificultad; —... y ha regresau al mismo nido de los padres, Santos. Juan golverá aquí. Estoy segura...

—Calle, mujer. Sépase que no quiero que güerva. Y acuérdesese pa siempre: no quiero que usté me miente a'ese mozo.

• • •

—L'agencia, Asunta. Los papeles... Voy al puerto.

Cada mes lo mismo, ¡maldita sea! ¿Para qué diablos necesitan tanta observación escrita?

—Güenas tardes, señor Pérez.

—Buenas tardes, don Santos. ¿Hacemos la planilla mensual? Un momentito.

La corriente ha seguido constante para el norte. Viento de S. E. Fuerza, de dos a tres. Mar verde. El día quince hubo aguaje. ¿Cómo? ¿Emanaciones qué? ¿Sul... hí... dricas, dijo? ¡Ah! ¿Pestilencia del mar? No. Nada este mes. Varó, sí, peces muertos. Anchoqueta y pejerrey. ¿Observaciones generales? Parece que la comedura está buena ahora. Han acudido más pájaros que el otro año. Entre ellos, el joven del trapo rojo. Pero esto no le interesa a usted, señor Pérez. Cosas de la Asunta que no importan a la Compañía.

—A mí tampoco, señor Pérez. A mí tampoco.

• • •

Aovo. Nacimiento de pichones. Aprendizaje. Vuelos solos. Y todos se marcharon nuevamente de la caleta, hasta el próximo año, dejando una capa de guano

que el sol pronto haría blanco. Nada más. El resto igual.

—Voy al puerto, Asunta.

—Aquí he regresau, Asunta.

—Voy pal puerto, Asunta.

—He güerto, Asunta.

## SEGUNDA PARTE

Y volvió el mozo. Con la pajarada de este año, tercero ya desde que se fuera. Pero como el guanay joven del trapo rojo. Rotas las alas del alma.

Una noche obscura Santos vió una sombra cerca de la casa. Apuntó la carabina.

—¡Alto! ¿Qué jué...?

—Soy yo.

—Usté, so cimarrón... ¿Qué quiere?

—Padre, yo...

—Baja la carabina, Santos, cholo estúpido. ¿No ves que's tu hijo?

—Quítate, Asunta. Qu'hijo ni que vainas. Que sepa la verdá. Que lo recogimos por lástima. Que su madre era una gran puta. Juera de aquí...

—So animal... No llores, Juan, hijo mío...

\* \* \*

Rotas las alas. Sí. Se le quebraron chocando contra la vida miserable del provinciano que en la capital no

conoce a nadie ni sabe dónde ir. Contra la pobreza, la desconfianza y el egoísmo. Fracazos, sólo fracasos cosechó. Fué de todo: Vendedor de diarios, lustrabotas, estivador en el Callao, chofer.

—Ahura último; mama, 'taba bien. En un ómnibus de Libertad-Cinco Esquinas. Me arriaron por la última huelga. El jefe me dijo que yo sabía demasiau pa chofer. Qu'era un agitador. Me ficharon en la Intendencia. Nadies me dió trabajo.

Calla, avergonzado de su derrota. Lo doblega su dolor humilde. Representa diez años más de los que tiene. A cada instante fuma pestíferos cigarrillos baratos.

Si hubiera tenido algo de plata pa començar, otro gallo me cantara, mama. Entonce hubiera güelto como quería: con harta plata pa llevármelos a Lima. Pero me juí con quince soles.

\* \* \*

Santos no tiene casi quehaceres. Juan se los quita todos. El ronda. El vigila el baño de los pichones. El limpia de piedras los lugares donde las aves depositan guano, y mata los gallinazos y espanta los zorros.

Sí. Trabaja mucho, pero parece un autómata. Silencioso. Como si su pensamiento estuviera siempre lejos. A veces el padraastro lo encuentra sentado tras las rocas de la playa, mirando obstinadamente las pequeñas partidas de exploradores que salen de la caleta, segui-

das luego de las grandes bandadas de pájaros. Con los ojos prendidos en las velas lejanas. Cierta vez llégase al mozo en momentos que éste observa con atención una escena común en la vida de las aves. Un guanay que ha aterrizado en la tarde en lugar extraño a su nido, está siendo blanco de la acometida de los demás. Camina con el cuello erguido, en medio de los otros, en verdadera carrera de baqueta, tratando de evitar los picotazos que le vienen de todos lados. Aletea, tropieza, grazna, hasta que encuentra un espacio libre de aves, donde al fin puede reposar. Como Juan ha de puesto todo resentimiento y Santos lo trata ahora como si nada hubiera ocurrido entre ellos, el mozo le habla con voz triste.

— Ves, tata: lo pican sin que haiga hecho nada. Lo mismo que a mí en Lima . . .

\* \* \*

Asunta le ha contado todo. Por eso está al tanto de las dos desgracias del muchacho en la capital. Y si siente pena por los sufrimientos del mozo, su egoísmo senil halla placer en ello. Ahora se quedará en la caleta. Ha probado que sus alas son débiles. No volverá a marcharse. Aunque Juan no lo haya querido, será el próximo guardián de la Estación Sur, N.º 10.

¿Pero qué tiene? ¿Por qué esa honda tristeza? Parece, al revés de lo real, que el mozo hubiera dejado el placer y la seguridad de su existencia por la miseria y

la incertidumbre. Aquí tiene todo. Y anda acongojado. ¿Luego, qué hace en el cuarto que con sacos de yute se ha construído aparte? Luz prendida hasta altas horas de la noche...

Los viajes al puerto los hace ahora Juan. Aprovechando uno de ellos, Santos decide curiosear su habitación. ¿Qué ve allí? Libros. Muchos libros para un hombre pobre, piensa él. Sobre la mesa, una carta algo arrugada por continuo manoseo. Y un papel muy limpio y escrito por la mitad, con la letra que el mozo emplea para llenar las planillas de observaciones. Abre el baulito que Asunta le ha regalado. Más papeles y ropa. Y dos fotografías. En una, en medio de un corazón, luce un par de hermosos ojos una zambita guapa, cuyo rostro dice a las claras que es buena. En la otra, Juan y la mujer están juntos, delante de un avión pésimamente reproducido. Ella tiene en los brazos un chiquillo de meses. Santos lo mira bien. Muy bien. ¡Por los clavos! Hijo de Juan... Ahí está la nariz chata de su compadre el finado Patricio Ascaño, la sola herencia que dejara al mozo. Único patrimonio, también, que Juan ha legado a su hijo al abandonarlo en Lima.

Ahora lo comprende todo. La tristeza. El ensimismamiento. Aquel mirar las aves en vuelo. La solicitud para espulgar los pichones. Las veladas en su cuarto de sacos de yute. Y aunque Santos no sabe leer, mirando la carta arrugada y la otra escrita por la mitad, adivina lo que dicen: «Ven, Juan, no abandones a tu hijo y

tu mujer que te quieren», suplica la una. «No puedo. No tengo que darles. Imposible abandonar a estos viejos que, sin ser mis padres, me dieron techo, educación y cariño», contesta, seguramente, la otra.

—¡Caray!... Juan... Una mujer y un hijo... ¡Por los clavos!

• • •

Asunta sigue siendo un gordo, zambo y alegre cascabel que mima al hijo pródigo con cuidados seniles. Juan continúa con el pensamiento ausente, fijos los ojos en los lejanos barcos en viaje, hablando sólo lo indispensable. Santos también se ha vuelto taciturno. Y, como el hijo, se sienta a pensar largas horas en las rocas de la playa.

Una de las tardes en que el viejo regresa a la casucha, pasa por el nido que Asunta observara antes tan atentamente. Se acuerda de pronto del guanay joven del trapo rojo. No está. Halla solos al macho y la hembra viejos. Esta empolla. Aquél camina cómicamente erguido.

Recuerda el presagio de la mujer. Y una angustia súbita la aprieta el corazón, ante esta ausencia que puede ser nuevo augurio. Entonces, espantando las aves, se echa a buscar entre el millón de pájaros el pichón marcado.

Y lo encuentra. De casualidad. Porque es tan difícil distinguir un trapo sucio sobre el cuello de una de

esas aves. Pero allí está. Se pasea elegante, vestido de frac en suave bamboleo, frente a la saliente de una roca.

Largó tiempo lo observa Santos, llena el alma de suave gozo. Tranquilizado por la presencia del animalito con cuya vida, por rara coincidencia, ha corrido pareja la de Juan. Y nota con alegría su esbeltez. El curioso equilibrio que hace en una pata para alisarse las plumas con la otra. La insolencia con que mira de costado con sus ojillos verdes.

De pronto el pájaro cesa en su paseo y se dirige resueltamente en una dirección. Bajo el amparo de la roca hay un nido. En él, una hembra está empollando. Acércasele el pichón. Le frota el cuello con su pico. Se acomoda a su lado. Pasa un ala sobre la espalda de la compañera. Y quédanse así, muy juntos, tan estrechamente confundidos que parecen un guanay bicéfalo.

. . .

—Juan, el almuerzo. Santos, el almuerzo . . . Juan . . . Santos . . .

Llega, silencioso, el viejo. Siéntase ante la mesa, obstinadamente mudo.

—Juan . . . Juan . . . ¿Onde si'a metido este muchacho? Juaaaaaaaaaan . . .

—No lo busques. Si'a'ido.

—¿Pal puerto llevando los papeles?

—No. Más lejos. Y pa siempre. Le di la plata que teníamos enterrada. Que compre un camión. Que trabaje como quiera. Que sea más que yo...

—¿Para siempre?... ¿Para siempre?...

—Sí. Tiene mujer y un hijo. Que vaya onde ellos. Ahura nuestro nido l'es extraño. El, su hembra y su polluelo en un nido. Solos los tres. Como el pichón del trapo colorau ..